

Interpretación de San Gregorio de Palamas, arzobispo de Tesalónica, sobre la parábola del hijo pródigo.

Cierto hombre tenía dos hijos - dice el Señor. Aquí, bajo la imagen del hombre, el Señor habla sobre Sí mismo, y aquí no hay nada impresionante. Pues si El realmente se hizo Hombre para nuestra salvación, qué tiene de impresionante el hecho de que para nuestro beneficio, se represente a Sí mismo como Hombre en esta parábola.

Y dijo el menor a su padre – ¡Dame lo que me corresponde! Efectivamente es el menor, pues expresa una exigencia de joven, poco seria e irracional; así también el pecado, deliberadamente concebido por alguien, al dar a luz el alejamiento de Dios, es algo nuevo por su procedencia y *posterior en su nacimiento de nuestro malvado antojo*. Sin embargo, la virtud es primogénita, eternamente sustancial en Dios, incorporada a nuestras almas desde el principio por Dios, como consecuencia de la gracia. He aquí lo irracional: no cayó de rodillas pidiendo, sino que simplemente lo dice exigiéndolo de Aquel, que de todas formas, todo lo da gratuitamente.

Pasados unos días, dice Cristo, el hijo menor, junta sus cosas y se retira a un país lejano. ¿Por qué no se fue inmediatamente? Porque el diablo malvado no le muestra al hombre en forma inmediata su plan macabro hacia el pecado, sino va persuadiéndolo en forma paulatina susurrándole al oído: "Tú puedes vivir con tus propios pensamientos, sin concurrir al templo de Dios, sin prestar atención a las enseñanzas de la Iglesia y ver tú mismo como hacer las cosas sin alejarte del bien. Cuando él separa al hombre de los servicios divinos y de la enseñanza de la Iglesia, al mismo tiempo lo arrastra fuera de la protección Divina, entregándolo a las malas obras. Dios, naturalmente, está presente en todas partes, pero lejos del bien está el mal, en el cual permanecemos por pecar, y de esta forma, nosotros nos alejamos de Dios.

¿De qué forma desperdició sus bienes el hijo menor? Ante todo, nuestro máspreciado bien es nuestra mente innata. Mientras nos mantenemos en el camino de la salvación, conservamos la mente vigilante para con nosotros mismos y para con la Primera y Suprema Mente – Dios. Pero cuando abrimos las puertas a las pasiones, entonces la derrochamos inmediatamente, vagando alrededor de la carne y lo material, alrededor de diversos endulzamientos y malos pensamientos con ellos enlazados. Su riqueza es el pensamiento saludable que, mientras permanece en él, dirige la diferencia entre el bien y el mal. El propio hombre observa los mandamientos, su unión con Dios y obedece a su Altísimo Padre.

Cuando él derrochó todo su bien, provino una gran hambruna en aquel país y comenzó a tener necesidad, a sufrir hambre pero todavía no dirigió su mirada hacia el arrepentimiento, pues era lujurioso. Se dirigió a un habitante de ese país lejano y este lo envió a sus terrenos para apacentar cerdos. ¿Quiénes son los habitantes de ese país que está alejado de Dios? Por supuesto que los demonios.

Cerdos, son llamados aquellos que están tirados en la suciedad de las pasiones, y el hijo menor se convirtió en su guía, al superarlos en el deseo por satisfacer sus pasiones sin lograrlo, pues no podía saciarse con las algarrobas que comían los cerdos, es decir no podía satisfacer sus deseos pecaminosos.

¿Cómo es eso, que la esencia carnal no es suficiente para servir a las pasiones del decadente? El oro y la plata, que se multiplican en manos del amante del oro y el codicioso conllevan a multiplicar también la ansiedad. Y por más que se sigan multiplicando, solo logran alimentar la codicia. Ni todo el mundo será suficiente, siempre querrá más. Como está escrito, nadie le daba, para saciarse.

¿Y quién habría de darle? El diablo no quiere permitirle al hombre que satisfaga sus deseos inmundos, dado que las almas propensas al cambio, al saciarse pueden experimentar un cambio en relación a la propia pasión. Y es por eso que justamente, nadie le daba para satisfacerse.

En ese momento justamente fue, cuando volvió en sí y tomó conciencia de su pobre caída. Este hijo apartado de su Padre, comenzó a llorar diciéndose a sí mismo: ¡Cuántos jornaleros hay en lo de mi padre a los que no les falta el pan, y yo estoy muriendo de hambre!

¿Quiénes son estos jornaleros? Ellos son los que por sus lágrimas de arrepentimiento y humildad reciben cierta paga – la salvación. Los hijos pues, son aquellos que por amor a su Padre, se subordinan a Sus mandamientos, como dice el Señor: “Quien me ama acata Mi Palabra.” (Juan 14, 23).

Entonces, aquel hijo menor, que se privó de su dignidad de hijo y por propia voluntad se alejó del hogar Paterno y sufrió hambre, se juzga a sí mismo y se humilla, diciendo con arrepentimiento: “Me levantaré, iré a mi Padre y le diré: ¡Oh Padre, he pecado contra el cielo y ante Ti!”

Y ya no soy digno de ser llamado tu hijo, acéptame como a uno de tus jornaleros. ¡Maravilloso! En su humildad él agrega: ¡Recíbeme! Pues nadie puede por sus propios medios y fuerzas dar un paso hacia la virtud aún con plena conciencia y voluntariamente.

Y cuando aún estaba lejos... ¿Cómo entender que fue y al mismo tiempo estaba lejos, por qué su Padre teniéndole lástima sale a su encuentro? Pues todo hombre que se arrepiente sinceramente, al desear voluntariamente alejarse del pecado, se allega a Dios. Sin embargo, encontrándose en la tiranía de las malas costumbres y necios entendimientos, aún está lejos de Dios, y para que se salve, es indispensable una gran misericordia y ayuda desde lo alto.

Es por eso que el Padre generoso sale a su encuentro y lo abraza, lo besa e indica a sus sirvientes, es decir, a sus sacerdotes, que lo vistan solemnemente, o sea, lo revistan con la dignidad de hijo, que había recibido en el bautismo y colocarle un anillo, esto es, bendecirlo para la tarea del alma que está representada por su diestra. El anillo cumple la función de sello de virtud contemplativa, depósito de la herencia futura, así como el calzado significa el resguardo Divino y la firmeza que le da, fuerza de pisar a los escorpiones, serpientes y a toda fuerza enemiga. El ternero, es el mismo Señor Jesucristo, que vino al mundo para morir por nosotros pecadores y como Pan substancial se nos ofrece para alimento. Además, Dios prepara un festejo y banquete con Sus Santos, en Su inconmensurable filantropía haciéndose hombre y diciéndonos: ¡venid, comamos y regocijémonos!

Sin embargo el hijo mayor se enoja. A mi parece que aquí Cristo describe a los judíos, llenos de ira por la invitación a los gentiles, y a los escribas y fariseos, escandalizados porque Cristo recibía a los pecadores y comía con ellos.

Tú nunca me diste ni un chivito, dice él, para que festeje con mis amigos, pero cuando este hijo tuyo, una vez que derrochó todo con ramera, vino, sacrificaste un ternero cebado para él. Pues abundante es la misericordia de Dios para con nosotros, que hasta los ángeles quisieran ser partícipes de ella, como dice el apóstol Pedro. Hasta los rectos deseaban que Cristo viniera antes de tiempo, como Abraham que deseaba ver al Mesías. Pero Él no vino entonces, sino cuando lo dispuso Su Providencia y no vino a llamar a los rectos, sino a los pecadores al arrepentimiento y especialmente por ellos se entregó a la muerte en la Cruz. Pues la gracia abundó ahí, donde se multiplicaba el pecado. Dios nos convence de no juzgar al prójimo, que vive en pecado, pues Él le está dando aún tiempo para arrepentirse. Amén.